

“Descartes inaugura la perspectiva del sujeto como punto de vista privilegiado desde el que hacer filosofía.”

La Coruña, España, 11 de abril de 2014

<http://unedfilosofia.wordpress.com>

**Andrés Luis Jaime Rodríguez, profesor de Teoría del Conocimiento en la Universidad de las Islas Baleares, ha dado el viernes 11 de abril una charla sobre la frase “Pienso, luego existo” de Descartes.**



Andrés L. Jaime es Doctor en Filosofía y profesor de teoría del conocimiento en la Universidad de las Islas Baleares. Ha impartido hace unos días la séptima charla del ciclo **Las frases de los filósofos**, que tiene lugar en el centro asociado UNED de Coruña de febrero a mayo de 2014. La frase escogida ha sido “Pienso, luego existo” del filósofo francés René Descartes. Han asistido cerca de veinte personas y la charla ha podido seguirse por *streaming*.

**P.** Muchas gracias por haber venido desde tan lejos a dar su charla. Lo primero que ha hecho ha sido determinar el lugar exacto de la frase “Pienso, luego existo”.

**R.** Así es. El célebre “pienso, luego existo” y el acaso menos célebre “pienso, luego soy” de Descartes traducen indistintamente tanto la expresión francesa “Je pense, donc je suis” como la expresión latina “ego cogito, ergo sum, sive existo”. Ambas aparecen al comienzo de la cuarta parte de su *Discurso del método*, aquella en la publicación original en francés de 1637 y ésta en la traducción al latín de 1644. Dicha traducción fue revisada por Descartes, de modo que la formulación abreviada “cogito, ergo sum” puede ser considerada una cita literal. El añadido “existo” se debe tal vez a que tanto el francés “je suis” como el español “yo soy” implican existencia de una forma más clara que el latín “ego sum”.

Hay precedentes desde al menos San Agustín, al comienzo de la Edad Media, quien afirma (*Ciudad de Dios*, XI) que “si fallor, sum”, es decir, que si me engaño, existo. Sin embargo, nadie hasta Descartes había convertido aquella oración en primer principio de un sistema filosófico. Pone de manifiesto que puedo dudar de la existencia de todo cuanto pienso existente y de la verdad de todo cuanto pienso verdadero, pero no puedo dudar que pienso, por tanto no puedo dudar que existo en tanto ser que piensa, cosa pensante, *res cogitans*.

**P.** Este ha sido entonces el enfoque que usted ha seguido para mantenerse a medio camino, en su charla, entre una reflexión acerca de la frase “pienso, luego existo” y una presentación general de los comienzos de la modernidad filosófica.

**R.** Debe recordarse que Descartes es comúnmente considerado el padre de la filosofía moderna. Tal paternidad viene dada, entre otras cosas, porque a propósito de su “pienso, luego existo” acuña uno de los conceptos clave de la modernidad: el yo. Con

ello inaugura la perspectiva del sujeto como punto de vista privilegiado desde el que hacer filosofía. Sin embargo, esta perspectiva subjetiva es plural. El yo puede conceptualizarse como punto de partida epistemológico (ser que piensa), pero también como identidad, como individualidad que se afirma, como sujeto de la acción o como responsable moral. Todas estas lecturas pueden ser vistas como conceptualizaciones posibles de un mismo punto de partida, que debemos a Descartes.

**P.** A Descartes, en los manuales de historia de la filosofía, se le estudia como racionalista, junto a Spinoza y Leibniz. Enfrente estarían los empiristas Hume, Locke y Berkeley. ¿Es Descartes en sentido estricto padre del racionalismo y en sentido amplio padre de la filosofía moderna?

**R.** Podría responderse afirmativamente, aunque matizando que unos y otros reaccionan a un mismo problema, el del escepticismo, que en ese momento está representado filosóficamente por los escritos de Michel de Montaigne. Racionalismo y empirismo son sólo dos etiquetas que se emplean para referirse a dos importantes soluciones del siglo XVII al escepticismo, que niega la posibilidad del conocer. La distinción entre racionalismo y empirismo, aunque no los nombres, se remonta a Leibniz, que en sus *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano* trataba de responder al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke. Racionalistas y empiristas afirman que el conocimiento es posible y que parte de ciertos fundamentos. Para el racionalismo esos fundamentos hay que encontrarlos en la razón; el empirismo, en cambio, los sitúa en la experiencia sensible. El racionalismo privilegia la deducción a partir de verdades autoevidentes; el empirismo propone inferencias probables a partir de los datos que suministra la experiencia.

Racionalismo y empirismo son sólo etiquetas. Si bien es verdad que, por ejemplo, Locke es un autor claramente empirista, Descartes revaloriza la experiencia sensible y el experimento, Leibniz busca un punto de equilibrio entre el innatismo cartesiano y la crítica de Locke, Berkeley muy bien puede quedar fuera del debate, y Hume (pese a su empirismo) está más cerca del escepticismo que el resto de autores.

Sin embargo, hay un elemento aglutinador que he tratado de resaltar en mi charla: la concepción del territorio de lo mental que comparten todos ellos, y que indudablemente puede ser atribuida a Descartes. Todos ellos, lo quieran o no, son cartesianos en algún sentido, como lo será también el planteamiento trascendental de Kant en el XVIII o la fenomenología de Husserl a comienzos del XX. Esto es así porque el centro sobre el que gravita el problema del conocimiento es el yo, entendido como autoconsciencia a la que se le presentan los diversos contenidos mentales. Es el yo quien juzga, por eso Ortega decía “el yo como gerifalte” y no le faltaba razón. Los asuntos filosóficos, desde Descartes, no son asuntos concernientes a cómo son las cosas, sino a cómo puedo conocer cómo son las cosas. Que las cosas son, y cómo son, es un problema posterior al hecho de que primero tengo noticia de ellas.

**P.** Y volviendo a Descartes, ¿cómo afronta el desafío escéptico?

**R.** Mediante una estrategia que comprende al menos tres partes: la idea del yo como punto de partida de la filosofía, un método que quiere ser alternativo al aristotélico-escolástico, y la crítica a las formas substanciales mediante el abandono de la teoría de

la abstracción. En la charla he podido tratar el primero de estos aspectos, dejando los otros dos apenas apuntados.

**P.** ¿El yo cartesiano es entonces una reacción directa al escepticismo?

**R.** Sí. Pueden leerse el *Discurso del método* y las *Meditaciones metafísicas* como un intento de superar la crisis escéptica. Descartes busca certezas que hagan las veces de fundamentos en el edificio del conocer. El escepticismo de Montaigne ofrecía una razón cordial y tolerante, junto con cierta indiferencia que resulta práctica para vivir, pero no es suficiente para lo que Descartes persigue. El escepticismo puede ser el inicio, no el final, de la actitud crítica. Paradójicamente, el distanciamiento de las cosas que proponía Montaigne, y antes que él Sexto Empírico, no implicaba la duda radical de Descartes, que lleva el escepticismo al límite antes de superarlo.

En varias de sus obras (*Discurso del método*, II; *Principios de filosofía*, 1) propone ponerlo todo en duda al menos una vez en la vida para buscar entre todas las dudas alguna certeza. Se ponen en cuestión con diferentes argumentos más o menos conocidos las principales ramas del conocimiento, opiniones comunes, etcétera, hasta llegar a un punto en que el pensamiento se toma por objeto a sí mismo, llegando a la conclusión de que lo único cierto es que uno existe, ya que dudar de todo implica como mínimo existir en cuanto yo que duda (*Discurso del método*, IV; *Principios de filosofía*, 7). El yo pensante o “ego cogito” es ahora el principio de la filosofía, que deja de tomar como punto de partida el ser y lo sustituye por el pensar. Permítame que lea uno de los pasajes más famosos donde se lleva a cabo este cambio:

“Así, puesto que los sentidos nos engañan a veces, quise suponer que no hay cosa alguna que sea tal y como ellos nos las presentan en la imaginación; y puesto que hay hombres que yerran al razonar, aun acerca de los más simples asuntos de geometría, y cometen paralogismos, juzgué que yo estaba tan expuesto al error como otro cualquiera, y rechacé como falsas todas las razones que anteriormente había tenido por demostrativas; y, en fin, considerando que todos los pensamientos que nos vienen estando despiertos pueden también ocurrírse nos durante el sueño, sin que ninguno entonces sea verdadero, resolví fingir que todas las cosas que hasta entonces habían entrado en mi espíritu no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero advertí luego que, queriendo yo pensar, de esa suerte, que todo es falso, era necesario que yo que lo pensaba, fuese alguna cosa; y observando que esta verdad «yo pienso, luego yo soy», era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no son capaces de conmovérla, juzgué que podía recibirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.” (Descartes, *Discurso del método*, IV).

**P.** Descartes demuestra que no podemos dudar del yo pensante. Pero eso no soluciona el problema del escepticismo. A fin de cuentas, conociendo el propio yo no se avanza mucho en la ciencia ni en la vida práctica.

**R.** Descartes en efecto sale del problema escéptico y se sitúa a sí mismo en el problema del solipsismo, es decir, la incapacidad de salir del propio yo. El problema ahora es que tenemos una seguridad intra-mental, pero hemos perdido el contacto con la realidad extra-mental. La filosofía de los próximos siglos será un intento de

recuperar lo que ya es imposible de recuperar: el realismo. A partir de este momento el mundo exterior se contrapone al mundo del “cogito”.

Que tenemos contenidos mentales o “ideas” es evidente, pero que esos contenidos mentales se refieren a cosas no. De hecho nos equivocamos; pero si todo contenido mental estuviera al margen de una posible referencia al mundo externo, el error no sería posible. El error nos señala precisamente que el mundo externo está ahí de alguna manera, aunque sólo sea para advertirnos de que nuestros juicios son provisionales e hipotéticos. En *Meditaciones metafísicas*, III, señala Descartes que “en lo que concierne a las ideas, si se las considera sólo en sí mismas y no se las refiere a ninguna otra cosa, hablando con propiedad, ellas no pueden ser falsas; porque ya sea que imagine una Cabra o una Quimera, no es menos verdadero que imagino la una que la otra.”

Sin embargo no será esa la vía que explorará Descartes. Para salir al mundo exterior recurrirá a las ideas innatas y al argumento ontológico de Anselmo de Canterbury. El espacio de la conciencia tiene zonas iluminadas pero también algunas sombras. La tarea es ahora doble: en primer lugar, hay que clasificar los diferentes contenidos en función de su origen o procedencia; en segundo lugar, en virtud de su claridad y distinción, que es el criterio de verdad.

En *Meditaciones metafísicas*, III, se clasifican los contenidos mentales atendiendo a su origen: “si yo considerara las ideas sólo como ciertos modos o maneras de mi pensamiento, sin querer referirlas a alguna otra cosa exterior, apenas podría darme ocasión de errar. Pero de esas ideas, me parece que unas nacieron conmigo, que otras son extrañas y vienen de fuera, y que las otras han sido hechas e inventadas por mí mismo. (...) Y lo que tengo que hacer principalmente en este lugar es considerar, con respecto a aquellas que me parece que vienen de algunos objetos que están fuera de mí, cuáles son las razones que me obligan a creerlas semejantes a esos objetos.”

Hay pues ideas innatas, ideas adventicias e ideas ficticias. Todas ellas plantearán problemas. Al admitir la existencia de ideas innatas se justifica el conocimiento a priori y el conocimiento matemático. Entre esas ideas innatas está la idea de Dios. Y desde esa idea se pueden poner en relación las ideas adventicias con el mundo externo. ¿Por qué esas ideas refieren a lo que creemos que refieren? ¿Por qué, en contra del escepticismo y de la consideración meramente inmanente de los contenidos de conciencia, las ideas adventicias atañen al mundo? Porque si la idea innata de Dios implica la existencia de Dios, por el argumento de San Anselmo, y en la idea de Dios descubrimos que éste no nos engaña, se sigue que nuestras ideas adventicias deben referir a cosas realmente existentes. Que además lo hagan mejor o peor es algo que Descartes trata de explicar con su teoría de las ideas claras y distintas, una teoría que apenas he llegado a esbozar al final de la charla.

**P.** Dejémoslo entonces aquí. Gracias de nuevo por haber venido a compartir con nosotros sus conocimientos sobre Descartes.

**R.** Encantado de participar en el ciclo. Gracias a ustedes.